

En la sombra acecha: residuos totalitarios de nuestra era

Javier Leiva Bustos¹

Resumen: A pesar de que los dos grandes regímenes totalitarios conocidos por la humanidad —el nazismo y el estalinismo— se hayan extinguido, ello no quiere decir el totalitarismo haya desaparecido. A través del presente artículo tratamos de exponer cómo algunas de sus soluciones siguen perpetuándose en la economía y la política actuales. De un lado, atenderemos a que el «ultraliberalismo» económico manifiesta ciertos aspectos totalitarios en su concepción de la historia, la abstracción antropológica que hace del hombre, su radicalismo y maniqueísmo respecto a otros modelos económicos y su visión monista del mundo. De otro lado, se pretende analizar el comportamiento totalitario de algunos de los partidos y movimientos de ultraderecha que han nacido o que han resurgido en Europa a raíz de la crisis económica social, política y axiológica que atravesamos en nuestro tiempo.

Palabras clave: Crisis, Europa, totalitarismo, ultraderecha, ultraliberalismo.

Abstract: Despite the fact that Nazism and Stalinism, the two largest regimes of totalitarianism, become extinct, does not imply that totalitarianism has been abolished. We will hereby try to explain how some of the possible solutions have lingered in current economy and politics. On the one hand, we could state that the economical «ultraliberalism» possesses, to some extent, totalitarian aspects in the way history is conceived, their abstract perspective of mankind, radicalism and Manicheism over other economical bases, and their monistic view of the world. On the other hand, we intend to analyse the totalitarian pattern of some political parties and right-winged extremists which rose or which have appeared in Europe in the wake of the social, political and axiological crisis Europe is currently going through.

Keywords: Crisis, Europe, extreme right-wing, totalitarianism, ultraliberalism.

Cuando en 1951 Hannah Arendt publicó *Los orígenes del totalitarismo*, la conclusión con la que cerraba su obra lanzaba al mundo una advertencia que hasta el momento no ha sido tenida en cuenta con la importancia que merece: «las soluciones totalitarias pueden muy bien sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios»². Pese a la desaparición del nacionalsocialismo y del estalinismo, las propuestas creadas por ambos movimientos pueden esconderse perfectamente bajo la forma de fuertes y seductoras tentaciones que brotarán allí donde parezca imposible aliviar la miseria humana si no es a través de una acción radical y en pos de un ideal utópico.

¹ PDIF de la Universidad Autónoma de Madrid.

² Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid: Alianza, 2010), p.616. El capítulo “Ideología y terror: una nueva forma de gobierno” apareció por primera vez en la segunda edición de la obra, en 1958.

La crisis de nuestro tiempo –vuelve a decir Arendt– y su experiencia central han producido una forma enteramente nueva de gobierno que, como potencialidad y como peligro siempre presente, es muy probable que permanezcan con nosotros a partir de ahora, de la misma manera que otras formas de gobierno –monarquía, república, tiranía, dictadura, despotismo– que surgieron en diferentes momentos históricos y se basan en experiencias fundamentalmente diferentes han permanecido con la humanidad al margen de sus derrotas temporales.³

Dicho de otra manera, a la tipología de gobiernos desarrollada y analizada desde Platón y Aristóteles hasta Montesquieu, a la que vinieron a sumarse los autoritarismos y los despotismos del siglo XIX –englobando aquí bonapartismo, caudillismos, nuevos cesarismos, etc.– o las clasificaciones realizadas por Max Weber, debemos añadir ahora las dos nuevas categorías políticas que definieron el siglo XX: el fascismo y, sobre todo, el totalitarismo. Aunque el fascismo tuvo un inicio más temprano en Europa y logró mayores ramificaciones, el totalitarismo fue sin duda el régimen político que, con su esencia maligna y criminal, y a través de sus plasmaciones en la Alemania nazi y la URSS estalinista, determinó el destino del continente y del mundo entero. Un movimiento político y un modelo de gobierno que, al tener como condiciones necesarias pero no suficientes para su aparición la incipiente sociedad de masas, el desarrollo tecnológico –incluyendo medios de comunicación–, el nacimiento de la propaganda o el establecimiento de un sistema burocrático, entre otras, solo podía darse en la modernidad.

Cuando hablamos acerca del totalitarismo y tratamos de definir cuáles son sus atributos como sistema político, la mayoría de estudios se acaban remitiendo tarde o temprano al denominado “síndrome totalitario”, que ya había sido esbozado por Arendt pero que fue sistematizado y plenamente desarrollado por Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski en la década de los cincuenta del siglo XX en obras como *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (1956)⁴. De acuerdo a esta categorización, una nación caería víctima del “síndrome totalitario”, la gran enfermedad de la democracia, cuando se dieran conjuntamente en ella los siguientes atributos: (1) una ideología oficial impuesta a toda la población y que abarca todos los aspectos de la existencia; (2) un Partido único de masas, organizado de manera jerárquica y cuyos miembros aceptan y difunden la ideología imperante, dirigido por la figura de un líder⁵ que ostenta el control estatal y burocrático; (3) la implantación del terror como forma de gobierno, ejercido por la policía a través de la coacción física y psicológica, y que puede ejercerse de manera arbitraria sobre la población o bien dirigirse contra el “enemigo objetivo” de la nación; (4) el control monopolístico del Partido de todas las actividades públicas y medios de comunicación, reduciendo con ello la esfera social privada; (5) el control monopolístico de todos los instru-

³ *Ibíd.*, p. 640.

⁴ Cfr. Friedrich, C.J. y Brzezinski, Z., *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Cambridge: Harvard University Press, 1956). Previamente, en 1954, Carl J. Friedrich ya había editado una recopilación de textos sobre la cuestión del totalitarismo titulada *Totalitarianism* (Cambridge: Harvard University Press, 1954).

⁵ Debido a la importancia, al control y a la vertebración que realiza sobre el régimen totalitario, la figura del líder puede considerarse como un rasgo propio. Friedrich y Brzezinski no realizan tal distinción, pero otros analistas como Leonard Schapiro sí inciden en este aspecto. Cfr. Schapiro, L., *El totalitarismo* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1981).

mentos de violencia y medios de combate; (6) el control, la centralización y la planificación de la economía. Si bien es cierto que algunos autores han juzgado esta clasificación como inadecuada, incompleta, recalcitrante o incluso excesivamente rígida para analizar un movimiento político tan complejo como resulta el totalitarismo, no podemos ahora abordar estas cuestiones.

A pesar de sus posibles críticas, el análisis de Friedrich y Brzezinski resulta de gran utilidad para nuestro propósito porque apuntala, como otros han hecho también posteriormente, los dos pilares fundamentales que ya Hannah Arendt había advertido como quintaesencia del totalitarismo: la ideología y el terror. Las *ideologías* serían aquellos «sistemas de explicación de la vida y del mundo que pretenden explicarlo todo, el pasado y el futuro, sin necesidad de ulterior contrastación con la experiencia efectiva»⁶. En otras palabras, consistirían en un discurso ficcional omniabarcante acerca del mundo que nos rodea y del curso entero de su historia que pretende imponerse sobre la realidad para construir un nuevo relato acerca de la humanidad y del orbe ajustado a su visión utópica de las cosas. De este modo, serían «el motor que dirige la acción política [...] en el doble sentido de que las ideologías determinan las acciones políticas del gobernante y las hacen tolerables a la población gobernada»⁷. Por su parte, el *terror* sería la «esencia del gobierno totalitario»⁸ en el sentido de que supone el medio para la realización de las leyes del movimiento propugnadas por la ideología. El terror totalitario aniquila la pluralidad de la ciudadanía y cualquier espacio vital donde el individuo pueda ejercer su libertad y su individualidad, «sustituye los límites y canales de comunicación entre los hombres individuales por un anillo de hierro que los presiona a todos ellos tan estrechamente, unos contra otros, que es como si los fundiese, como si fuesen un solo hombre»⁹. A través de un sistema represivo que involucra no solo la violencia y la coerción ejercidas por la policía, sino también la complicidad de la propia población, el individuo se siente aislado, separado de sus semejantes —en los que no sabe siquiera si puede confiar— y sometido a un régimen de control total del que no cree poder escapar, de manera que ve la adhesión al régimen totalitario como su única opción de supervivencia. En ese sentido, dentro del régimen del terror resulta fundamental no tanto el ejercicio de un terror explícito ante la población —el cual es más propio de las primeras fases de un totalitarismo—, sino el hecho de que, cuando el régimen se encuentra ya asentado, el individuo sienta de manera constante la amenaza de ese terror, de manera que evite toda tentación de desafiar al sistema. En otras palabras, una política del miedo que mantenga al pueblo estático y dócil.

Ahora bien, una vez hemos aclarado *grosso modo* qué debemos entender por un gobierno totalitario, conviene encuadrar qué queremos decir hoy día cuando hablamos de rasgos o vestigios totalitarios en los distintos sistemas políticos del mundo. La advertencia realizada por Hannah Arendt que recogíamos al inicio de este ensayo, por la cual el totalitarismo había irrumpido en nuestra época como una

⁶ Arendt, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», en *Ensayos de comprensión 1930-1954* (Madrid: Caparrós Editores, 2010), p. 421.

⁷ *Ibid.*, p. 420.

⁸ *Ibid.*, p. 411.

⁹ *Ibid.*, p. 412.

nueva forma de gobierno, no fue un aviso aislado. En la conclusión de *Los hundidos y los salvados*, de 1986, Primo Levi, superviviente del campo de Auschwitz, recordaba a propósito del nacionalsocialismo:

«Tenemos que ser escuchados: por encima de toda nuestra experiencia individual hemos sido colectivamente testigos de un acontecimiento fundamental e inesperado, fundamental precisamente porque ha sido inesperado, no previsto por nadie. Ha ocurrido contra las previsiones; ha ocurrido en Europa; increíblemente, ha ocurrido que un pueblo entero civilizado, apenas salido del ferviente florecimiento cultural de Weimar, siguiere a un histrión cuya figura hoy mueve a risa; y, sin embargo, Adolf Hitler ha sido obedecido y alabado hasta su catástrofe. *Ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder*: esto es la esencia de lo que tenemos que decir».¹⁰

Sin embargo, cuando escribieron estas palabras ni Arendt ni Levi estaban pensando en el advenimiento o en la repetición de un nazismo o un estalinismo idénticos a los padecidos por la humanidad en el pasado. Como bien advierte Tzvetan Todorov, cuando estos autores o nosotros mismos hablamos actualmente de lo «totalitario», debemos pensar «en la diseminación de los rasgos que hicieron posible el horror en otros lugares, con otros nombres, con nuevas justificaciones, sin alcanzar el mismo paroxismo, pero provocando masacres y sufrimientos infinitos»¹¹. No se trata, por tanto, de una posible reduplicación del nacionalsocialismo o del estalinismo en nuestros días, sino de que puedan reproducirse aquellas condiciones y aquellos comportamientos que antaño hicieron posibles ambos sistemas totalitarios, dando origen a una violencia, un terror y un mal tan temidos e inusitados como los de aquel entonces, ejercidos ahora de nuevas formas y bajo diferentes ropajes.

Desde esta perspectiva, se nos abre una doble vertiente para identificar algunos elementos totalitarios de nuestro tiempo. De un lado, la radicalización de los principios del liberalismo por parte del llamado «neoliberalismo», o mejor dicho – usando la expresión de Todorov– «ultraliberalismo», le han llevado a arrojarse de una serie de técnicas a las que hoy día atribuiríamos tintes totalitarios. De otro lado, la crisis económica que vivimos actualmente ha traído consigo no solo una crisis social y axiológica, sino también una crisis de la representación política y una crisis de Europa, emulando con ello algunos aspectos que permitieron hace casi un siglo el nacimiento de un movimiento dogmático y radical como fue el nacionalsocialismo. Así lo testifican el resurgimiento de partidos de ultraderecha, como el *Front National* en Francia o la *Lega Nord* en Italia; el nacimiento y auge de partidos como *Amanecer Dorado* en Grecia –abiertamente neonazi–; o la repercusión de movimientos como *PEGIDA* en Alemania. Ambos aspectos son los que trataremos de evaluar a continuación.

¹⁰ Levi, P., *Si esto es un hombre*, en *Trilogía de Auschwitz* (Barcelona: El Aleph, 2012), p. 648. El destacado es nuestro.

¹¹ Todorov, T., *La experiencia totalitaria* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2010), p. 269.

Respecto a la identificación de elementos totalitarios dentro del ultraliberalismo, tal afirmación puede resultar paradójica en un primer momento si tenemos en cuenta las tesis de aquellos autores que sostienen que el término “totalitario” y sus derivados son una creación de la ideología liberal; un arma a partir de la cual el liberalismo pretendería justificar su predominio en el mundo, al mismo tiempo que le permitiría atacar cualquier alternativa política cercana al socialismo o al comunismo. Herbert Marcuse fue uno de los pioneros en esta crítica con su obra *El hombre unidimensional*, donde señalaba que todos los aspectos represivos y dictatoriales con los que se retrataba a la URSS durante la Guerra Fría eran igualmente aplicables a aquellos estados liberales que se contraponían a ella como bastiones de la libertad, con Estados Unidos como ejemplo paradigmático.¹² Pero quien mejor encarna esta posición en la actualidad es seguramente la figura de Slavoj Žižek, quien no duda en calificar al totalitarismo como un “antioxidante ideológico” que permite al cuerpo social mantener su buena salud político-ideológica.¹³ En concreto, lo describe como

«una noción ideológica que ha apuntalado la compleja operación de «inhibir los radicales libres», de garantizar la hegemonía demoliberal; ha permitido descalificar la crítica de izquierda a la democracia liberal como el revés, el «gemelo» de las dictaduras fascistas de derechas. [...] La noción de totalitarismo, lejos de ser un concepto teórico efectivo, es una especie de *subterfugio* que, en lugar de permitirnos pensar, y obligarnos a adquirir una nueva visión de la realidad histórica que describe, nos descarga del deber de pensar e, incluso, nos *impide* activamente que pensemos».¹⁴

Es la obsesión antiliberal de Žižek la que le lleva a realizar este tipo de afirmaciones, tan carentes de fundamento. Dejando a un lado las refutaciones hechas a pensadores en la línea de Marcuse¹⁵, la respuesta a Žižek parte de que la noción de *totalitarismo*, como muchas otras, acaba teniendo un componente subjetivo, es decir, no podemos hablar de él ni describirlo sin implicarnos nosotros mismos, con nuestros principios, en la tarea.¹⁶ Cuando hablamos acerca del totalitarismo y lo vemos como la peor forma de gobierno conocida por la humanidad, lo hacemos desde una posición ética. En este sentido, el término «totalitarismo»

ha de fundarse sobre una sólida actitud moral, que únicamente podía surgir de la profunda repulsión que experimenta quien no sólo valora la vida y el bienestar material de los seres humanos, sino también su *libertad*, su *individualidad*, la *condición única e irrepetible* de cada persona. Solamente desde esa mirada particular, que no pierde de vista la dignidad de cada ser humano, se esclarece que dos regímenes

¹² Cfr. Marcuse, H., *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* (Barcelona: Ariel, 2010).

¹³ Žižek, S., *¿Quién dijo totalitarismo?* (Valencia: Pre-textos, 2002), p. 11.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 13. El destacado es del propio Žižek.

¹⁵ Por ejemplo, Schapiro, L., *El totalitarismo* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1981), pp. 182 y ss.

¹⁶ Pierre Hassner reduce esta tesis a la afirmación «el totalitarismo soy yo», expresión con la cual trata de expresar el carácter híbrido pero siempre subjetivo de la noción «totalitarismo». Hassner P., «El totalitarismo visto desde el Oeste» en Hermet, G. (ed.), *Totalitarismos* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1991).

ideológicamente opuestos como el nazismo y el estalinismo [...] son en el fondo *manifestaciones diferentes de un mismo fenómeno político y social, en tanto ambas destruyen la más pura esencia de la dignidad humana*.¹⁷

Por tanto, si los valores a partir de los cuales criticamos al totalitarismo, como son la libertad, la igualdad, la dignidad o el respeto a la vida e individualidad humanas, coinciden con los baluartes del pensamiento liberal clásico, ello no quiere decir que sea un arma creada por el liberalismo; muy al contrario, si tenemos en consideración dichos valores y los tenemos por deseables, tanto más se dice a favor de una doctrina que los defiende y se apoya en ellos como sería el liberalismo.

Aclarado este punto, podemos pasar a analizar cómo las nuevas tendencias del liberalismo en el siglo XX, a través de lo que hemos denominado “ultraliberalismo”, han radicalizado y endurecido algunos de sus principios básicos, especialmente a raíz de la Revolución de Octubre en Rusia y del ascenso del nazismo en Alemania. Ello ha llevado a este nuevo liberalismo a traicionar algunos de sus postulados básicos, incurriendo en una serie de tendencias que podríamos calificar de totalitarias. En concreto, podemos referirnos a cuatro aspectos: su concepción de la historia, su extremismo y maniqueísmo respecto a otros sistemas económicos, la abstracción antropológica que hace del hombre y, finalmente, el monismo al que reduce la complejidad del mundo.¹⁸

Acerca de su concepción de la historia, las nuevas doctrinas ultraliberales «postulan que si los hombres no se dedicaran a entorpecer el curso natural de las cosas con sus proyectos y sus planes, todo iría mejor en el mejor de los mundos»¹⁹. Un curso natural que consiste en no poner traba alguna a la libre competencia del mercado, de manera que en última instancia el Estado no debe intervenir para corregir sus posibles efectos adversos, ya que estos terminarán por solucionarse por sí solos en el futuro. Por lo tanto, el desarrollo de la civilización solo podrá darse si el ser humano se somete a las fuerzas impersonales del mercado. Esta nueva versión de la «mano invisible» de Adam Smith supone así una laicización de la idea de Providencia divina, como la efectuada por el nacionalsocialismo con sus “leyes de la naturaleza” o el leninismo-estalinismo con sus “leyes de la historia”. En el caso del ultraliberalismo, la humanidad debe seguir la senda marcada por las leyes del mercado porque este, como Dios en la Divina Providencia, nunca se equivoca. Asimismo, Todorov señala cómo el ultraliberalismo comparte con el marxismo la idea de que el hombre depende de la economía para su progreso y felicidad. Sin embargo, aunque el filósofo búlgaro responsabiliza de ello principalmente a Ludwig von Mises y a Friedrich Hayek, lo cierto es que los autores de la Escuela de Austria no desarrollaron hasta ese extremo tales ideas. Si bien es cierto que Hayek comparaba al liberal con el jardinero que para conseguir las mejores plantas debía conocer no solo su estructura y funcionamiento, sino también saber establecer el sistema en el que la competencia desempeñara el mejor papel posible para su desarrollo, a la hora de referirse al vínculo entre economía y sociedad, el economista austriaco

¹⁷ Martínez Meucci, M.A., «Totalitarismo: ¿un concepto vigente?», en *Revista Episteme NS*, vol. 31, n° 2 (2011), pp. 59-60. El destacado es del propio autor.

¹⁸ Seguimos aquí el análisis realizado por Tzvetan Todorov en *La experiencia totalitaria*.

¹⁹ Todorov, T., *op. cit.*, p. 40.

destacaba la influencia que tenía la primera sobre la segunda. En obras como *Caminos de servidumbre*, en su crítica a la economía planificada, resalta que los fines económicos no son, como muchos piensan, secundarios, innobles, rastreros o separables de la vida humana; muy al contrario, si alguien tuviera el control económico de una nación, esa persona controlaría todos los medios sociales –producción, servicios, consumo, etc.– para llevar a cabo cualquier actividad, moldeando con ello la vida y las relaciones de los ciudadanos.

Por otra parte, en lo que refiere al radicalismo y al maniqueísmo contemplamos que, al igual que dentro del comunismo y del nazismo lo individual debía someterse a lo colectivo y las decisiones políticas primaban sobre la esfera económica y las libertades individuales, ahora en el ultraliberalismo es la autonomía de lo político la que se ve amenazada ante las presiones económicas. La ideología ultraliberal ha acotado el espacio de la actividad política de los Estados, a los que permite intervenir en la economía única y exclusivamente para apoyar y favorecer el funcionamiento de la libre competencia; más allá de eso, considera cualquier actividad del Estado como una intromisión o un intervencionismo que perjudica el normal funcionamiento del mercado. El Estado debe ceñirse a facilitar el poder económico, no a limitarlo, lo que trae como uno de sus resultados el dejar al margen a «los perdedores, auténticos desechos del sistema, condenados a la pobreza y al desprecio, que son los culpables de su desgracia, de modo que no debe recurrirse al Estado para que los ayude»²⁰. De esta manera, «el ultraliberalismo coloca la soberanía de las fuerzas económicas, encarnadas en la voluntad de los individuos, por encima de la soberanía política, sea cual sea su naturaleza. Al hacerlo, contraviene –paradójicamente– el principio fundador del pensamiento liberal, que es que un poder limite a otro»²¹. Exige una adhesión ciega a sus postulados, los cuales presenta ya no solo como verdades científicas –como hacía el marxismo–, sino también como «el único camino a seguir» y como la única salvación frente al «desastre» que han originado otros modelos económicos. Una visión según la cual la alternativa al liberalismo no implica sino el caos y la anarquía.

En lo que respecta a la antropología, el ultraliberalismo se apoya en una visión abstracta del ser humano, desprovisto de toda dimensión histórica y de cualquier pertenencia social, presentándolo como «un ser autosuficiente, básicamente solitario y que sólo de forma puntual necesita a las personas que lo rodean»²². En contra de la naturaleza social que atribuían al hombre liberales clásicos como John Locke, Montesquieu, Adam Smith o Benjamin Constant, «en el ultraliberalismo se suprime toda referencia a la pertenencia social y cultural, se pasa por alto toda necesidad de reconocimiento por parte de los hombres y las mujeres con los que vivimos, y se descarta toda búsqueda del bien colectivo por miedo a que lleven al totalitarismo»²³. De esta manera, la sociedad queda reducida a un agregado de individuos aislados que se bastan a sí mismos para sobrevivir, y los propios individuos son convertidos en haces de meras necesidades económicas.

²⁰ *Ibíd.*, pp. 42-43.

²¹ *Ibíd.*, p. 43.

²² *Ibíd.*, p. 45.

²³ *Ibíd.*, p. 46.

Finalmente, todos estos rasgos que hemos señalado acaban desembocando y sintetizándose en uno solo: el monismo. Al igual que ocurre con el totalitarismo, el dogma ultraliberal cae también en una simplificación y un pensamiento monista acerca de la realidad, es decir, «reduce la complejidad del mundo a una sola dimensión y considera que lo mueve una única fuerza»²⁴, suprimiendo con ello todo tipo de pluralidad y de diversidad dentro de las aspiraciones humanas. Bajo esta perspectiva, todos los comportamientos, deseos y necesidades humanas son reducidos a un único principio inteligible y explicativo al cual deben amoldarse todas las personas, considerando como “disidentes” o “enemigos objetivos” del sistema a todos aquellos que no se ajusten a él.

No obstante, dicho esto, debemos dejar constancia también de que la presencia de estos rasgos no hace del ultraliberalismo un sistema totalitario o semitotalitario, ni siquiera en una versión moderada o incipiente. Lo que sí evidencian estos comportamientos es el enfrentamiento entre una determinada concepción de la economía, o del mercado y sus leyes, y los proyectos y la naturaleza humanas. En última instancia, revela que incluso uno de los mayores enemigos del totalitarismo como es el liberalismo, con sus ideales de libertad, igualdad, individualidad, etc. puede caer inadvertidamente en la tentación totalitaria.

En lo que respecta a la segunda cuestión que planteábamos, el *revival* de partidos y movimientos de ultraderecha con tintes totalitarios en Europa se ha visto favorecido por el escenario de crisis actual. Las sensaciones a las que han dado origen la situación económica, la decepción con el sistema político vigente o la crisis de valores de nuestros días, entre otros factores, son canalizadas por estos movimientos hacia sus intereses fanáticos y nacionalistas, reconvirtiéndolas en sentimientos de xenofobia, de violencia y de exclusión del *otro* y del diferente. El caso del partido político griego Amanecer Dorado es quizá el más significativo de los últimos años. De ideología abiertamente neonazi, este partido ha experimentado un auge similar al que en su día tuviera el NSDAP hasta convertirse hoy día en la tercera fuerza política de Grecia. No solo han aprovechado el contexto de crisis política, social y económica para forjar un sentimiento de humillación y derrota nacional, donde la Troika –Banco Central Europeo, Comisión Europea y Fondo Monetario Internacional– sustituye al Tratado de Versalles, sino que también se han caracterizado por la creación de grupos de asalto –similares a las SA– y la perpetración de ataques violentos contra inmigrantes, homosexuales, antifascistas o cualquier otro disidente a su doctrina, llegando incluso al asesinato de personas como el músico Pavlos Fyssas –más conocido como el rapero Killah P–. A través de su discurso demagógico, dirigido a un pueblo decepcionado con el sistema, con sus políticos y con Europa, Amanecer Dorado se presenta como la solución nacionalista basada en los valores tradicionales griegos, un partido patriota y ortodoxo que sería la única alternativa posible para devolver al país su esplendor, apelando sobre todo a la juventud y a las nuevas generaciones. No solo lanzan feroces ataques a lo que ellos denominan el “viejo mundo”, cuyos cimientos se encontrarían ya podridos debido a la doble actuación del comunismo y del liberalismo, sino que

²⁴ *Ibíd.*, p. 47.

abogan por la construcción de un «Nuevo Orden», esto es, un nuevo hombre y una nueva civilización regidos por la xenofobia, el racismo, el culto a la autoridad y, especialmente, el nacionalismo y el socialismo. Una nueva era o un “nuevo amanecer”, como apuntan ellos, para cuyo advenimiento no dudan en adoctrinar a sus seguidores en una apología de la violencia y en la preparación de la guerra contra el “monstruo sagrado” de la civilización occidental burguesa creada por Europa y Estados Unidos.

Por su parte, con la llegada de Marine Le Pen, el *Front National* francés ha recuperado su poder de movilización y atracción social y ha tratado de ofrecer una imagen de regeneración; sin embargo, sus señas distintivas continúan intactas. El *Front National* aún rasgos populistas, xenófobos, de “partido protesta” y, ante todo, es el máximo exponente de la extrema derecha en Francia. Su discurso interclassista opone las «virtudes del Partido y del pueblo» a los «corruptos gobernantes» y entre sus objetivos priorizan la defensa de la identidad nacional y la regeneración de Francia, que estaría amenazada por enemigos externos, como la Unión Europea o Estados Unidos, e internos, como los inmigrantes. Para ello, construyen la imagen de un *nosotros* francés enfrentado al *ellos* extranjero, al que ven como un peligro vital y cultural que amenaza la identidad gala. El *Front National* se presenta así como el restaurador de la seguridad frente a un enemigo que permanece indefinido para encajar en esta categoría lo que resulte más conveniente dependiendo de la ocasión –oposición, inmigrantes, etc.–. En esta línea, no solo aboga por la primacía de lo colectivo sobre los derechos individuales, sino que mantiene también un claro maniqueísmo entre aquellas ideas, pensamientos y acciones que considera puras e intrínsecamente morales, y que constituyen los principios centrales e incuestionables de su doctrina, y los pensamientos y actos que se oponen a su dogma, que ven como impuros y corruptores de la sociedad. Ello le permite establecer la dicotomía del *Front National* como partido honesto, defensor de la virtud y allende de antiguas ideologías, enfrentado a los partidos corruptos que siguen posicionándose en izquierda y derecha. Un partido que, sin embargo, sigue manteniendo una estructura jerárquica, donde solo una “vanguardia de elegidos” –al estilo de la *vanguardia del proletariado* marxista– puede liderar el alzamiento popular dirigido por un líder incuestionable, el cual sigue ejerciendo una enorme manipulación y control sobre los medios de comunicación, empleando las palabras como arma de movilización y para transmitir tanto su maniqueísmo como su visión reduccionista del mundo.

Por lo que respecta a la *Lega Nord* –Liga Norte–, con el ascenso de Matteo Salvini, el partido puede resumirse como el homólogo italiano del *Front National*; de hecho, ha sido común en los últimos meses ver cómo los dirigentes de ambas formaciones se dirigían halagos mutuos. La llegada del nuevo líder transformó la estructura del partido, abandonando su retórica anti-italiana y el secesionismo por la búsqueda de la unidad nacional, apoyada en el enfrentamiento con una Europa a la que ven como el enemigo. Su estilo populista y antisistema, con proclamas que van desde los insultos a la incitación a la desobediencia, siempre desde una retórica demagógica, busca atraer a un electorado decepcionado con la situación económica, con la inestabilidad política que desde hace años arrastra la nación y con el trato que recibe el país transalpino por parte de las instituciones europeas. No obstante,

su discurso no es únicamente antieuropeo, contra una Europa que para ellos combina lo peor del socialismo y el ultraliberalismo más brutal, sino también antiinmigración, buscando una «Italia libre de inmigrantes clandestinos», a los que ven como parásitos que viven a costa del esfuerzo y el trabajo de los italianos. Una postura que, no es de extrañar, ha recibido el apoyo de los diversos grupos fascistas de Italia.

Por último, el caso de PEGIDA –*Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes*, en castellano «Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente»– resulta significativo en la medida en que no se trata de un partido, sino de un movimiento político iniciado a finales de 2014 y, por tanto, difícil todavía de definir. No obstante, este joven movimiento iniciado en Dresde ha ido incrementando el número de adeptos con el paso de los meses, congregando cada vez a un número mayor de personas en sus manifestaciones. Ciudadanos que, en su mayoría, no pertenecen a grupos radicales o fanáticos, sino que se trata de individuos normales y corrientes de todas las clases sociales. Entre los rasgos que distinguen a PEGIDA se encuentran su cuestionamiento de la legitimidad del gobierno, considerando a los integrantes de su movimiento como “indignados” del sistema, y especialmente su lucha contra la supuesta islamización que en los últimos años sufre Occidente. Aun así, no se califican a sí mismos como xenófobos ni violentos, términos que, consideran, les han sido atribuidos por unos medios de comunicación calumniosos y cómplices del gobierno de Merkel, a los que no dudan en describir como *Lügenpresse*²⁵ –prensa mentirosa–. Por el contrario, ellos se ven como defensores de su forma de vida frente a imposiciones externas, siendo contrarios al multiculturalismo y a los valores de Alemania tras la II Guerra Mundial, en especial en lo referente a sus políticas de asilo y de recepción de inmigrantes. Sin embargo, sus ataques a albergues y centros de refugiados, así como hacia personas pertenecientes a determinadas comunidades étnicas –como la turca o el colectivo musulmán– desmienten su pretendida ausencia de racismo. En lo que se refiere a su discurso encontramos, por un lado, un enorme descontento respecto al sistema político, las instituciones alemanas y europeas y a sus representantes, presentándose así como la única alternativa posible a la élite política despreocupada del pueblo, con lemas como «*Wir sind das Volk*» –«nosotros somos el pueblo»²⁶–. Por otro lado, tenemos su gran señal de identidad: su lucha agresiva contra la islamización, cuya expansión ven como la gran amenaza de Europa en general y de Alemania en particular. Aprovechando la ignorancia que rodea la cuestión para muchos sectores de la población, las noticias que llegan de grupos terroristas como Estado Islámico o Al Qaeda, además de los trágicos atentados como el de Bruselas –el 22 de marzo de 2016, en el metro y el aeropuerto de la ciudad– o los acontecidos en Francia durante los últimos años²⁷, buscan movilizar a la población, instándoles a no dejar que el extranjero abuse de ellos y acaben sintiéndose ellos mismos extraños en su propio país.

²⁵ Curiosamente, los primeros en utilizar esta expresión fueron los nazis antes de alcanzar el poder para referirse a la prensa que criticaba sus actuaciones y sus propuestas políticas.

²⁶ Lema que ya era empleado en las manifestaciones de la República Democrática Alemana contra el gobierno.

²⁷ Durante 2015, los realizados el 7 de enero contra el semanario satírico Charlie Hebdo y el 13 de noviembre en diversos puntos de París, y en 2016, el perpetrado el 14 de julio en Niza.

Sin embargo, la presencia de este tipo de partidos y movimientos políticos tampoco quiere decir que el totalitarismo domine de nuevo Europa. Afortunadamente eso aún no ha sucedido y los seres humanos podemos aprender las lecciones de la historia para no incurrir de nuevo en los errores del pasado. Lo que sí revelan esta serie de fenómenos es la persistencia del totalitarismo dentro de Europa y su posible resurgimiento si, por un exceso de confianza, infravaloramos su poder. Al igual que ocurre con las cualidades que hemos citado del ultraliberalismo, estos síntomas nos advierten que no debemos bajar la guardia sino que, por el contrario, debemos seguir guardándonos y estar prevenidos ante la siempre acechante amenaza totalitaria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alexandrakis, C., “La Guerra Ideológica del Siglo XXI”, *Revista Digital El Ministerio*, 18 de enero de 2013. Recuperado de:
<http://www.elministerio.org.mx/blog/2013/01/amanecerdoradodoctrinaguerraidologica/> [Fecha de última consulta: 3 de septiembre de 2016].
- Arendt, H. (2010). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza.
- (2010). “De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión”. En *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Madrid: Caparrós Editores.
- Bracher, K.D. (1983). *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*. Barcelona: Alfa.
- Del Palacio Martín, J., «La tentación populista de la derecha italiana», *El País*, 27 de febrero de 2015. Recuperado de:
http://elpais.com/elpais/2015/02/19/opinion/1424353658_134290.html [Fecha de última consulta: 3 de septiembre de 2016].
- Domènech, R., “Tacos en la plaza del Pueblo”, *El Periódico*, 1 de marzo de 2015. Recuperado de:
<http://www.elperiodico.com/es/noticias/internacional/salvini-desembarcaroma-con-discurso-xenofobo-grosero-3978264> [Fecha de última consulta: 3 de septiembre de 2016].
- Doncel, L., “La delgada línea entre identidad y racismo que inquieta a Alemania”, *El País*, 19 de diciembre de 2015. Recuperado de:
http://internacional.elpais.com/internacional/2014/12/19/actualidad/1419008129_303196.html [Fecha de última consulta: 3 de septiembre de 2016].
- Forti, S. (2008). *El totalitarismo. Trayectoria de una idea límite*. Barcelona: Herder.
- Friedrich, C.J. (1956). *Totalitarianism*. Cambridge: Harvard University Press.
- Friedrich, C.J. y Brzezinski, Z. (1956). *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Cambridge: Harvard University Press.
- Fuentes, Á.G., «El nuevo líder de la Liga Norte se pasa a la extrema derecha», *ABC*, 29 de diciembre de 2014. Recuperado de:
<http://www.abc.es/internacional/20141229/abci-nuevo-lider-liga-norte-201412290247.html> [Fecha de última consulta: 3 de septiembre de 2016].
- González Calleja, E. (2012). *Los totalitarismos*. Madrid: Síntesis.

- Hayek, F.A. (2010). *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza.
- Hermet, G. (ed.) (1991). *Totalitarismos*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Levi, P. (2012). *Si esto es un hombre*. En *Trilogía de Auschwitz*, Barcelona: El Aleph.
- Le Pen, M., «Discurso de Marine Le Pen en la manifestación de la Liga Norte en Roma», *minutodigital.com*, 9 de marzo de 2015. Recuperado de: <http://www.minutodigital.com/2015/03/09/discurso-de-marine-le-pen-en-la-manifestacion-de-la-liga-norte-en-roma/> [Fecha de última consulta: 3 de septiembre de 2016].
- Marcuse, H. (2010). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Ariel.
- Martínez Meucci, M.A. “Totalitarismo: ¿un concepto vigente?”. *Revista Episteme NS*, vol. 31, n° 2 (2011): 45-78.
- Sánchez, S. “Pegida, nuevo movimiento social en Alemania” en *Funciva documentos*, n° 266. Madrid: Fundación Ciudadanía y Valores, 2015.
- Schapiro, L. (1981). *El totalitarismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Simón, M.A. «El “totalismo ideológico” en el FRONT NATIONAL». *Foro Interno. Anuario de Teoría política*, vol. 4 (2004): 59-86.
- Tipaldou, S., «Amanecer Dorado: el lado oscuro de Grecia», *eldiario.es*, 24 de febrero de 2015. Recuperado de: http://www.eldiario.es/agendapublica/proyecto-europeo/Amanecer-Dorado-lado-oscuro-Grecia_0_360115034.html [Fecha de última consulta: 3 de septiembre de 2016].
- Todorov, T. (2010). *La experiencia totalitaria*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Traverso, E. (2001). *El totalitarismo*. Buenos Aires: Eudeba.
- “Who goes to German Pegida ‘anti-Islamisation’ rallies?”, *BBC*, 13 de enero de 2015. Recuperado de: <http://www.bbc.com/news/world-europe-30776182> [Fecha de última consulta: 3 de septiembre de 2016].
- Zizek, S. (2002). *¿Quién dijo totalitarismo?* Valencia: Pre-textos.